

deporte de hombres que juegan en la cancha para deleite de otros hombres que los ven en los estadios o por televisión. Se asume que a las mujeres no les gusta el fútbol y que, por tanto, en el seno de esta contienda deportiva solo pueden cumplir una de dos posiciones. O son las “sumisas”: esposas, novias o hijas que se sacrifican viendo los partidos en silencio porque “no saben de fútbol” y cuyo papel se reduce a acompañar y atender a los señores llevándoles cervezas o botanas, aguantando a los amigos con la consigna clara de que no deben estorbar; o son “fetiches”: mujeres bonitas que acuden a los estadios o salen en la televisión con poca ropa, hermosas cabelleras largas, minifaldas y grandes escotes pero con poco conocimiento del juego. Recordemos, por ejemplo, el impacto que causó en el Mundial de México 86 Mar Castro, la celebrada “Chiquitibum”, que con alegría movía los senos de una manera voluptuosa y talentosa. Curiosamente, a pesar de sus movimientos, la marca de la cerveza que la patrocinaba nunca quedaba oculta. Estas mujeres aparecen en la prensa, en anuncios comerciales, entre el público y, a veces, en la cancha, haciendo alguna entrevista.

Si bien se reconoce que cada vez hay más mujeres que juegan fútbol y que ya hay una selección nacional femenil, aunque “no profesional”, seguimos viviendo una situación que describió Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, obra que, a pesar de haber sido escrita hace muchos años, todavía tiene vigencia. Para la escritora francesa, la femineidad es un rasgo que se desarrolla desde los primeros años de vida de la mujer, pero nos advierte, con toda razón, que

©iStockphoto.com/Janate

Aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser lo que se dice derecha.

ALBERT CAMUS

no es una circunstancia biológica, sino impuesta por la sociedad y la cultura. Las niñas deben jugar con muñecas para empezar a desarrollar los sentimientos maternos que años después transmitirán a sus hijas. A la mujer se le enseña que es necesario agradar y, para hacerlo, debe renunciar a su autonomía y a su libertad y convertirse en objeto. La mujer “sumisa” se vuelve una sombra. Por otro lado, la mujer fetiche se convierte en símbolo sexual, a la que los hombres desean para un propósito muy determinado. Por su parte, nos dice De Beauvoir, los hombres toman su cuerpo para dominar la naturaleza, se enorgullecen tanto de sus músculos como de su sexo; a través de juegos, deportes, luchas, desafíos, construyen su masculinidad. Los niños juegan con pelotas y compiten entre sí; comienzan a despreciar el dolor y a rechazar las lágrimas. Los hombres no suelen llorar y menos en los deportes. Las mujeres pueden llorar lo que quieran, para eso existen los melodramas. Pero este no es un rasgo biológico: es una imposición cultural y social. Por ello, el pensamiento feminista ha insistido en la diferencia entre sexo y género: el primero atañe a las características biológicas; el segundo a cómo se percibe a hombres y mujeres en una sociedad.

El feminismo ha ganado varias batallas pero si examinamos las campañas publicitarias alusivas al campeonato mundial nos daremos cuenta de que ha sido derrotado en otras y una de ellas es precisamente la del contexto del fútbol.

Ya estamos en el Mundial, ¡qué bueno! Veremos muchos juegos. Solo quiero insistir en algo: a las mujeres nos gusta mucho el fútbol y sabemos de qué se trata. Habrá algunas a las que no, pero tampoco a todos los hombres les gusta. Ojalá que los dueños de las televisoras, de las empresas de publicidad, de los periódicos, etcétera, propicien una nueva actitud hacia el género femenino, de trato igualitario y sobre todo respetuoso. No somos sumisas ni fetiches, y sí a veces grandes aficionadas a este juego y con buen conocimiento de él. Bienvenido Brasil 2014, sigamos disfrutándolo todos juntos y exijamos el respeto que las mujeres nos merecemos. **EstePaís**



De afición femenina y pantalones cortos...

Mercedes González de la Rocha

Soy futbolera. Lo he sido desde niña y nunca supe cómo se forjó mi afición. Nací y crecí en el seno de una familia norteña y, por ello, lo más “natural” hubiera sido que me gustara el beisbol. Pero no fue así. En mi casa, en realidad, se cultivaba el gusto por la música, el buen comer (y el buen beber) y las cuentas bien hechas. Los quebrados fueron el peor de mis desvelos tanto en mi paso por la educación formal como en mi desempeño como alumna de un pianista alemán, notable maestro del Conservatorio Nacional de Música. Recuerdo que, en más de una ocasión, quedé pasmada ante las explicaciones que el alemán me daba de los tiempos de la partitura en términos de fracciones. Todos los días, al regresar de la escuela, me quitaba el uniforme y me ponía invariablemente pantalones cortos porque nunca sentí el frío del altiplano y, así vestida, era más libre para hacer lo que realmente me gustaba: merodear por el inmenso jardín de mi casa, subirme a las bardas, mecerme en los columpios, brin-

MERCEDES GONZÁLEZ DE LA ROCHA es antropóloga social y profesora-investigadora del CIESAS Occidente.

car desde el punto más alto de estos, perseguir y patear una pelota o echarme en el pasto —siempre fresco— para observar las formas de las nubes. De pantalones cortos —porque rara vez me los quitaba— iba a mis clases de piano los martes y los jueves. Un día, el maestro de piano preguntó a mi madre si yo de verdad era niña... Seguramente, para él, las niñas necesariamente debían usar vestidos y aceptar la disciplina germana sin extrañar una tarde de ocio, libertad y juego. En realidad asistía a las clases de piano forzada por la autoridad materna. Las clases con el alemán eran una pesadilla, no solo por los quebrados y la halitosis del maestro sino, sobre todo, por la falta total de libertad. El jardín de mi casa (que incluía un par de porterías que ninguno de mis hermanos varones usaba) era, en cambio, un espacio de delicioso y libre esparcimiento.

Mi hermana Pilar, cuatro años mayor que yo, también tomaba clases de piano pero, en contraste conmigo, se aprendía con soltura las partituras y los ejercicios del *Hanon*. Como yo, o incluso más que yo, era (y sigue siendo) una apasionada del fútbol. Era seguidora de las Chivas y adoraba a los “cuates” Calderón; le parecían irresistiblemente guapos. Pero más que verles las piernas a los jugadores o echarnos tacos de ojo con su físico, en realidad ambas aprendimos a disfrutar del buen fútbol, a distinguir las buenas de las malas jugadas, el toque preciso y los pases acertados. Ninguno de nuestros tres hermanos varones alcanzó el conocimiento futbolero que nosotras fuimos adquiriendo.

Muchos años después nacieron mis dos hijos. Diego fue inscrito a temprana edad en una clase de fútbol de la que pronto salió porque prefería hacer cerritos de tierra, mientras se sumía en sus pensamientos, que unirse a la es-

La relación entre las mujeres y el fútbol no se ha consolidado ni se la toma en serio. Por un lado, son pocas las escuelas primarias y secundarias que promueven el fútbol para niñas (en realidad, la promoción de la actividad física y del

Me hubiera gustado jugar (seria y formalmente) fútbol y no solo jugar a que jugaba o ser una simple espectadora. Pero eso no era posible para las niñas de mi generación

trategia colectiva que hay detrás de un juego de pelota.¹ A sus ocho años, mi hija Inés dejó evidencias permanentes de su afición por las Chivas cuando con plumón indeleble escribió en los azulejos de la alacena las leyendas: “Ramón Ramírez # 7” y “Arriba las Chivas y Ramón Ramírez”. Fue Chiva hasta la médula hasta un día en que, con lágrimas en los ojos, dijo que su afición por las Chivas solo le dejaba tristeza y frustración... Inés formó parte de un equipo de fútbol rápido y entrenaba dos o tres veces por semana. Mientras las madres de esas niñas bordaban *petit point*, yo seguía de cerca los movimientos de las pequeñas futbolistas, mucho más interesada en lo que sucedía en la cancha que en las conversaciones femeninas. Mi maestro de piano, de haber sido testigo de esas dinámicas, se hubiera vuelto a preguntar si yo, en realidad, soy del sexo femenino.

Efectivamente soy mujer. Soy mujer heterosexual y me gusta el fútbol. Me hubiera gustado jugar (seria y formalmente) fútbol y no solo jugar a que jugaba o ser una simple espectadora. Pero eso no era posible para las niñas de mi generación. Hasta épocas muy recientes, las mujeres han jugado papeles más bien pasivos en el mundo del fútbol. Esa pasividad, desde mi punto de vista, es el resultado de las múltiples formas en las que el fútbol les ha fallado a las mujeres. Aquí menciono solo algunas.

deporte organizado ha decaído notablemente en las escuelas mexicanas). Por otro lado, las ligas femeninas del balompié mexicano son desconocidas y muy precarias. Cuentan con poco financiamiento y muy escasa difusión. En consecuencia, sabemos muy poco sobre las jugadoras de fútbol en México, a diferencia de los detalles inútiles y excesivamente íntimos que circulan en la prensa y en los medios televisivos sobre los varones profesionales del fútbol (tanto jugadores como entrenadores). Aparentemente, los éxitos de las selecciones femeninas de fútbol han sido poco valorados por las autoridades de la Federación Mexicana de Fútbol. Cuentan que jugadores profesionales de antaño, como Carlos Reinoso y Enrique Borja (sí, el de la “cabecita de oro”), defendían el “deporte masculino” y decían que las mujeres no debían practicar el fútbol por ser un deporte de mucho contacto físico.

Pero la peor falla, desde mi punto de vista, ha sido la reproducción de una noción de fútbol en la que el hombre es figura central y protagónica mientras que las mujeres aparecen como objetos que se miran y se consumen. Si en general los medios cosifican a las mujeres y las convierten en objetos o instrumentos de consumo, las transmisiones futbolísticas y su publicidad agudizan esta tendencia. Parece que es imposible transmitir un partido de fútbol y vender zapatos, cerveza o bienes raíces en el intermedio, sin recurrir a los senos, los vientres y las piernas de las mujeres. Como ejemplo de eso basta recordar a la “Chiquitibum” de México 86, quien se convirtió en el ícono femenino del fútbol durante ese

El fútbol concede la gloria sin pasar por la justicia. El árbitro anula prodigios o avala infamias sin otro apoyo que su miopía, su incompreensión o su descarada mala leche.

mundial y por mucho tiempo más. Las transmisiones de fútbol —y sus siniestros personajes, como el “Compayito”— suelen hacer comentarios sexistas, muchas veces ofensivos, sobre las mujeres que asisten al estadio o sobre las chicas que —ataviadas forzosamente de forma provocativa— trabajan para las televisoras “animando” al público o produciendo cápsulas turísticas “con un toque de fútbol”. Rara vez hay comentaristas que tomen en serio a la afición femenina de manera respetuosa (no sexista), como una afición inteligente e informada que es capaz de entender, analizar y comentar las jugadas y las estrategias futbolísticas.

A pesar de que como mujer aficionada me siento ofendida con la reproducción de estas prácticas, adoro ver partidos de fútbol. Cuando juega mi equipo favorito (sigo siendo Chiva a pesar de las lágrimas de mi hija Inés), gozo cada buena jugada y sufro sus descalabros. Me da taquicardia cuando México está en la cancha y hay momentos en los que casi se me para el corazón. Ahora que está en pleno apogeo la Copa Mundial de Brasil 2014 estoy lista para ver tantos partidos como mis compromisos laborales me lo permitan. Me tomaré un tequila, o dos, para atemperar el nervio y, como sabemos hacer en Jalisco, abriré todo el pecho para gritar cada gol de nuestra selección. Hasta podría tocar la *Rapsodia húngara número 2* de Franz Liszt después de cada triunfo del Tri, en honor a todas las niñas que usan pantalones cortos, practican un deporte y gozan de la libertad de una cascarita en el jardín. **EstePaís**

©iStockphoto.com/kanate

¹ Fue Diego, y por ello estoy muy agradecida, quien me sugirió el tema de este artículo.

¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales.

EDUARDO GALEANO

Identidades y empresas en el campo del fútbol

Andrés Fábregas Puig



Una de las temáticas recientes de la antropología en México es el análisis del deporte. Dado que la práctica del fútbol se ha extendido a todo el territorio nacional, no es de extrañar que los análisis antropológicos —más los de otras disciplinas— se centren en el balompié. Dentro de ese ámbito analítico, destaca la cuestión de las identidades y el papel que un deporte como el fútbol tiene en revelar su dinámica. De hecho, en México, desde sus orígenes, el balompié estuvo asociado a identidades laborales, regionales, barriales o de clase. Los primeros equipos de fútbol surgieron en las zonas mineras del estado de Hidalgo, alrededor de la ciudad de Pachuca, debido a la influencia inglesa, por la nacionalidad de los contratistas y técnicos mineros. Al correr del tiempo, otros conjuntos se fundarían en cooperativas obreras y en sectores de las clases medias y aun de las burguesías emergentes. En forma paulatina, los equipos configuraron a su alrededor a seguidores que asumían identidades particulares simbolizadas por los conjuntos deportivos de su preferencia. En esos primeros años del fútbol —desde principios hasta mediados del siglo xx— los conjuntos futboleros en México obedecían a la lógica de la práctica deportiva asociada a una identidad en particular. Pero el fútbol atraía (y atrae) multitudes. De ser solo una práctica deportiva pasó a ser un espectáculo y un jugoso negocio. Lo que ha sucedido en estados como Jalisco ilustra los caminos que llevaron al fútbol a su actualidad de espectáculo-negocio. En efecto, el fútbol en Jalisco se inicia con un comerciante de nacionalidad belga, Edgar Everaert, quien a su arribo

a Guadalajara se relacionó con un grupo de comerciantes establecidos en esa ciudad. Corría el año de 1906. El actual equipo Guadalajara nació con el nombre de Unión, para significar la solidaridad de comerciantes de diversas nacionalidades con los mexicanos. En 1908, el Club de Fútbol Unión pasó a nombrarse Guadalajara, denotando su sentido de pertenencia, aunque conservó los colores originales de la ciudad de Brujas, Bélgica, en honor a Everaert. En la sociedad del catolicismo profundo, el fútbol se propagó con rapidez, en buena medida porque los seminaristas lo adoptaron, practicándolo con singular intensidad. Así, el primer juego clásico en Jalisco ocurrió entre los equipos Guadalajara y Seminaristas del Liceo. Entre los años de 1909 y 1914. Ambos equipos disputaron seis campeonatos con un saldo de tres triunfos por bando. En ese contexto, el Guadalajara se perfiló como el articulador de una cultura popular que rebasó los confines de Jalisco y llegó a ser del ámbito nacional debido a una característica que aún conserva: se integra solo de jugadores mexicanos. En la propia ciudad de Guadalajara, las clases altas que enviaban a sus hijos a estudiar a Inglaterra crearon su propio equipo de fútbol, el Atlas. Nació así una rivalidad entre ambas escuadras que, además de constituir el primer clásico del fútbol mexicano, significó el forcejeo por la identidad jalisciense entre los sectores populares y los círculos de las élites. Esta rivalidad de clase se trasladó al plano nacional con la fundación del club América, que vino a simbolizar una alternativa de esa identidad nacional representada en el club Guadalajara. Pero a ello se agregó el histórico contraste entre “lo jalisciense” y “lo chilango”, entre

ANDRÉS FÁBREGAS PUIG es investigador del CIESAS Sureste.